CAPITULO I.

UNA COMPAÑIA DRAMÁTICA EN FAZ DE VIAJE.

NTRE la villa de Reyes y el pintoresco pueblo de Santa María del Rio, y despues de ascender por algunos recodos montañosos, se camina por un terreno elevado, que es una mesa de mas de seis leguas.

Partiendo de la villa es preciso dejar siempre á la derecha una cerca de piedra de mas de tres leguas, que es casi el único accidente que interrumpe la monotonía de la planicie.

Diseminadas, como los numerosos individuos de una tribu nómada, han crecido allí esas palmas de gruesos troncos y mezquinos penachos que semejan á lo lejos figuras humanas, y que conoce todo el que ha viajado por el Interior.

Algunos garambullos se mezclan de vez en cuando entre las palmas, levantando perezosamente sus pencas en forma de dedos colosales; y granulan el terreno por todas partes tardas y ásperas biznagas, ofreciendo una gran alfombra de espinas; el mezquite de menudas hojas se hinca entre todos los cactus, como el lujo de vegetacion de aquellos áridos terrenos.

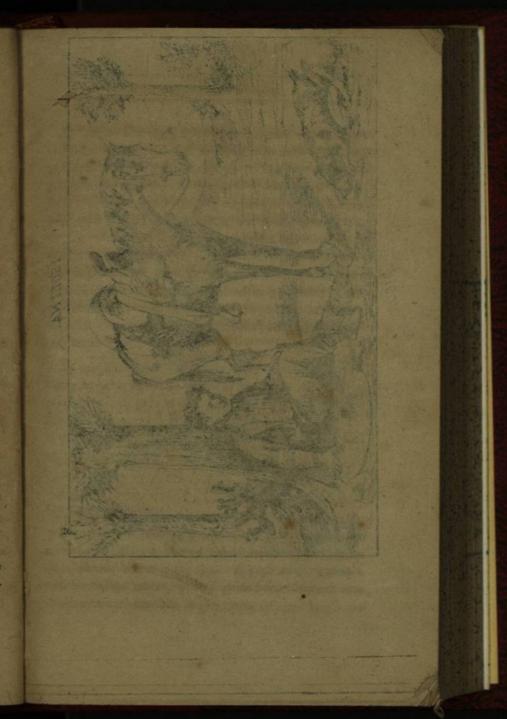
Ningun riachuelo, ni una fuente, ni una cavidad húmeda 6 sombría apaga la ardiente sed de aquella comarca; en donde el sol reverberante obliga al extraviado buey á buscar la mezquina sombra del tronco de una palma.

Algunos pájaros mudos cruzan á largas distancias sorprendidos por el viajero en medio de su triste soledad, y van á ocultarse amedrentados; y algun conejo que dormitaba, salta á vuestro paso y corre inútilmente mas de lo que el miedo pudiera exigirle á un general.

Os parais á veces para convenceros de que realmente estais solo en el mundo, y encontrais no sé qué placer en que aquellas palmas no sean hombres aunque lo parezcan.

Esto, probablemente, pensaba un hombre que habiéndose apeado de su flaca cabalgadura habia buscado, como los bueyes, la sombra de una palma.

Era el tal un hombrecillo flaco de indefinible edad; de esos seres en quienes el tiempo ha confundido al jóven con el viejo sin pasar por el hombre.





En cuanto á su traje, debemos hacer notar varias particularidades. Llevaba unas albarcas de becerro amarillas, que no hubieran llamado la atencion en Valencia ó en Aragon; pero en el Estado de San Luis Potosí aquel calzado era completamente exótico; máxime si á las albarcas se agregaban unas medias azules, que se asomaban á pesar de un insuficiente y arrugado pantalon de coleta amarilla; una chaqueta negra, que habia sido frac, mal encubria la pretina del pantalon amarillo; y dejaba ver toda la pechera de una camisa con golondrinas pintadas de trecho en trecho; un gran sombrero de petate nuevo y sin toquilla pero con barboquejo, completaba el traje del cansado caminante.

Su caballo colgaba la cabeza como en actitud de pastar; y se habia sacudido ya dos 6 tres veces haciendo un gran ruido con todo lo que el pobre animal cargaba sobre la silla, porque á mas de una gran maleta hecha con la carpeta de una mesa redonda y de la que pendian aun un tompeate con dos botellas y un par de botines, llevaba por delante otres tres bultos, de los que uno era una cajita de madera, otro un morral con tunas y el tercero una calabaza con agua.

Pero mas que hambre y sed, aquel extraño personaje revelaba fastidio y se reclinó indolentemente en el tronco de la palma, cerrando los ojos. A poco rato se puso á hablar consigo mismo, y en seguida levantó la voz gradualmente exclamando:

Si oís contar de un náufrago la historia, Ya que en el mundo hasta el amor se olvida, Encontrará un sepuloro mi memoria?..... —Aquí la guardaré toda mi vida.....

-Maríal Maríal dijo en seguida y se entregó de nuevo á sus meditaciones.

Oyóse el andar de un caballo, luego un silbido y á poco llegó otro personaje, hombre maduro, de facciones toscas, afeitada la barba y voz vibrante.

El de las albarcas no se inquietó por la llegada de su compañero, pues apenas abrió un ojo.

- —Qué camino tan feo! dijo el recien venido, con una voz de padre maestro.
 - -Sí.
 - -Creo que no llegamos hoy á ese maldito pueblo.
- --Y todo por la bailarina, dijo el de las albarcas; no he visto muger mas melindrosa para caminar.
 - -Quita allá y no hables de esa bruja.
 - -Y luego para lo que sirve, para nada.
 - -¿Y vienen lejos?
 - -Y mucho; los burros tienen un paso que desespera.
- -¿No te dije que hariamos bien en preferir estas sardinas? Mira, mi caballo se parece al de D. Quijote.
 - -Y el mio al de Artagnan.
 - -Pero siquiera son caballos.

Mientras llegan los compañeros, tenemos tiempo para decir algo acerca del hombre de las albarcas. Este individuo se llamaba Pico; habia sido militar; pero las decepciones que habia recibido en el ministerio de la guerra, no menos que los percances de sus ensayos militares, lo habian afirmado en la resolucion de abandonar la gloriosa carrera de las armas.

Despues de leer su licencia absoluta, se habia quedado pensando en el partido que debia tomar, y contempló con cierto horror ese dédalo de dificultades con que lucha el pretendiente, el que necesita colocacion y no tiene parientes entre los que mandan.

Pico estuvo reducido por algun tiempo á la condicion de bruja.

Todos los habitantes de México conocen á los brujas peco mas ó menos, como conocen las costumbres del perro callejero.

Los brujas no son mas que perros sociales. El perro espera un hueso, el bruja espera una peseta. El perro husmea la carne, y el bruja las casas de juego.

El perro se echa en la viña per temor de los guardas: el bruja se echa en la casa de algun compadre, tambien por temor de los guardas. El perro siempre es perro, el bruja siempre es bruja; porque despues de aceptar como destino definitivo el último peldaño de la escala social, el bruja muere echado allí, envuelto en sus harapos, á menos que de bruja pase á presidente de la república; caso que no sorprenderia á México, en donde como en la viña del Señor hay de todo.

A Pico no le sonrió tan abiertamente la fortuna, pero

contra todo lo que él mismo se esperaba, salió un dia de entre les brujas rumbo al teatro.

Sin saber como, Pico desorientado llegó al teatro de Oriente: el boletero habia sido sargento de su compañía; circunstancia que hizo innecesario el boleto de entrada; de manera que Pico entró con su perro.

Pico tenia un amigo perro.

El perro se echó á sus piés y Pico comenzó á ver la comedia parado; pero cual no fué su sorpresa, al ver al teniente Romero haciendo el papel de D. Juan Tenorio; era él, el mismo, no cabia duda, su voz, sus movimientos; era Romero; no obstante, preguntó á su vecino:

- -¿Quién es este actor?
- —Quién ha de ser, Del Campo, ¿no le ha visto usted hacer el Campanero de San Pablo?
 - -No sellor.
 - -¿Ni la Berlina del emigrado?
 - -No, tampoco.
 - -Hace furor.
 - -¡Ahl
- —Del Campo, murmuraba Pico, y no obstante, es Romero, voy á desengañarme.

Pico entró al foro en el primer entre acto y preguntó por el jóven que hacia á D. Juan Tenorio.

- -¡Picol exclamó D. Juan.
- -Romero! exclamó Pico. ¿Conque eres tú?
- -Ya me ves.
- -¿Te has cambiado el nombre?

-No, sino que soy Del Campo por mi madre, y Romero por mi padre.

—Y resultas Romero del Campo; y en el cuerpo no cras mas que Romero.

—Sí; pero la carrera dramática exije que uno tenga un nombre poco comun, para que no lo confundan á uno con los mites; de manera que yo me firmo ahora, Gervasio M. Romero del Campo. Mira los programas.

- -XY qué tal?
- -Bien, chico, muy bien; estudio, me mato, pero alcanzo gloria, soy la adoracion del público.
 - -iY de pesetas?
 - -Soy el director de esta compañía.
- —¡Hola! ¡hola! muy bien, cuanto me alegro! Pico se alegraba entristeciéndose.
- -2Y tú? le preguntó Romero.
- -Yo, hijo, ya me ves; dado al diablo.
- -Tu mala cabeza.
- -No, mi mala suerte; no tengo recurso.
- -¿Cómo no? el teatro.
- -Gervasio! gritó una voz argentina en el cuarto inmediato.
- —Voy, madre, dijo D. Juan Tenorio, agachándose para no maltratar la pluma de su sombrero. Siéntate, Pico.

Pico se sentó y oyó lo que pasaba en el cuarto inmediato.

- -¿Qué me quieres, mi vida? preguntó Romero.
- -Que me veas, contestó la dama.

- -Estás admirablemente.
- -No es eso, mírame bien; estoy verde.
- Por que?
- -Tengo derrame de bilis; y si no echas á la característica, no trabajo.
 - -¡Ave María! dijo Romero.
- —¡Señor! ¡señor! gritó el segundo apunte, metiéndose al cuarto; el público se impacienta.
 - -¿Están todos?
 - -Ya están.
 - -XY la escena?
 - -Puede usted pasar & verla.
- -Vamos. Prevenidos, dijo Romero, ¡fuera de la escena!
- —Fuera de la escenal repitieron muchas voces; y comenzaron los curiosos á agazaparse detras de los bastidores y á disputarse lugar en el primer esconce del proscenio.

Desde aquella tarde, Pico perteneció á la compañía, en calidad de segundo apuntador, y al cabo de algunos años es cuando lo hemos visto en el camino, con albarcas amarillas y medias azules.

Volvamos, pues, al lugar donde lo dejamos sombreándose, y ya tendremos ocasion de conocer mas intimamente la historia de sus progresos en el arte dramático.

La persona con quien hablaba Pico, era el barba de la compañía, el galan central, el empresario, formador, el director y pintor escenógrafo de la compañía; era el artisa mexicano Gervasio M. Romero del Campo, ex-tenien-

te del cuerpo de Pico, y por lo visto hombre de no pocas campanillas.

ISOLINA LA EX-FIGURANTE

Romero habia asaltado el proscenio, sin mas caudal que su audacia y sin mas antecedentes que su supina ignorancia en materias literarias; pero las dotes que le habian valido su elevacion, eran su verbosidad y su astucia.

Romero, sin embargo, no carecia de inteligencia, era suspicaz y sabia explotar á los que le rodeaban; sabia sacar partido de las situaciones y arreglar sus asuntos siempre de una manera ventajosa; habia recorrido media república y á la sazon venia contratado por los vecinos de Santa María del Rio, para dar seis funciones en los dias de las fiestas.

Habria pasado media hora cuando empezó á acercarse á Romero y á Pico el resto de la carayana.

Esta consistia en otras seis personas pertenecientes á la compañía, todas ellas cabalgando en burros, y otros ocho burros mas, cargados con los equipajes; de manera que eran ocho personas de la compañía, cuatro arrieros y diez y seis cabalgaduras. Venia sobre una burra la dama jóven abriendo la marcha; á su lado el galan que era un muchacho de veintidos años; despues la característica cuidada inmediatamente por el segundo galan; despues la pareja de baile y en seguida los equipajes.

Era aquel un conjunto de los mas grotescos: á las sefloras casi no se les veia la cara, pues la traian muy cubierta con pañuelos blancos ó bufandas, sobre los que se habian puesto grandes sombreros de palma. Al reunirse la comitiva con Romero y con Pico, detuvieron la marcha é hicieron un pequeño descanso.

La dama jóven se desembarazó de sus envolturas y pudo notarse que bajo aquel disfraz grotesco, se ocultaba una muger verdaderamente hermosa. Era una jóven sonrosada, de magníficos ojos negros, de lánguidas miradas, boca fresca y ligeramente entreablerta, sin duda para exhibir una dentadura blanquísima como una sarta de margaritas.

Romero la ayudó á apearse, y Pico devoró con una mirada de lobo hambriento, unos piés calzados con botines blancos bordados de oro; calzado poco á propósito en aquellas alturas, pero que no era de extrañarse entre personas de teatro destinadas á sufrir incesantes trasformaciones, no siempre adecuadas á la situacion.

La mirada de Pico fué una oda á los piés de la dama jóven; oda de que Romero no debia jamas apercibirse.

La bailarina saltó de su burro con suma destreza, y á poco rato la compañía integra descansaba á la mezquina sombra de las palmas, mientras los burreros se ocupaban de arreglar la voluminosa carga soportada por los sufridos y perseverantes asnos.

CAPITULO II.

ENTRADA DE LA COMPAÑIA DRAMÁTICA, AL PUEBLO
DE SANTA MARIA DEL RIO.

OR fin, á la vista de los viajeros apareció á lo léjos una faja horizontal, como un chal verde salpicado de manchas blancas; un chal tendido al sol, á la falda de unas montañas amarillas y agrietadas: aquello era Santa María del Rio. Santa María la frugívora, la perezosa, que nació en 1540 para la corona de España. La dió á luz Fray Diego de la Magdalena, fraile español doctrinero y conquistador, por cuenta y para honra y gloria de S. M. el Rey: fueron padrinos de Santa María, los